



EL ESCLAVO DE LOS ESCLAVOS.

HOMILIA SOBRE S. PEDRO CLAVER.

Pedro Arrupe

Celebramos este año el IV centenario del nacimiento de Pedro Claver, esa gigantesca figura de la Iglesia latinoamericana. Como humilde homenaje, publicamos la homilía que el P. Arrupe con este motivo dirigió a los jesuitas catalanes el 24 de junio del presente año.

Queridos hermanos, compañeros de Jesús: La ocasión de encontrarnos aquí hoy, en esta Eucaristía, nos la da uno de nuestros compañeros, miembro originario de esta Provincia, Pedro Claver. Ante él, a mí se me ocurren y se me amontonan muchas preguntas.

Por ejemplo, la primera es ésta: ¿agradecemos a Dios nuestros santos, los canonizados y los anónimos, los de ayer y los de hoy? Porque la Compañía de Jesús tiene hoy también santos. Muchos. Como en cualquier otra época.

Pero sigo preguntándome: ¿aprovechamos nuestros santos? ¿o, los arrinconamos? ¿o, les tenemos miedo? ¿es que nos asusta su palabra «profética», a nosotros que tanta importancia damos a la nuestra?, ¿son para nosotros un recuerdo del pasado, un objeto de museo, o unos compañeros vivos con una palabra actualísima?

Porque nos siguen hablando. Siguen diciéndonos cosas enormes y cosas muy elementales, como el Evangelio. Y sobre todo siguen asegurándonos, a golpe de vida, que la utopía del Evangelio vale no sólo para cambiar un hombre y llenarle de sentido la vida, sino para transformar nuestro mundo con una silenciosa, pero profunda, eficacia. No ciertamente la eficacia del poder humano, ni la de la propaganda humana, ni siquiera la de la técnica humana. Con la eficacia de la Pascua de Jesús. No hay otra más profunda y verdadera.

La palabra de Pedro Claver sigue gritándonos hoy la misma palabra de Jesús, la del capítulo 25 de San Mateo «tuve hambre y me disteis de comer...», o la de la parábola del Samaritano, o la del capítulo 13 de San Juan «habéis visto lo que he hecho con vosotros», o, más adelante, la palabra de nuestra Fórmula Instituti y de nuestras Constituciones, o la palabra de la Congregación General 32. Exactamente la misma. Y diciéndonos sin romanticismos que todas ellas, que en último término traducen la palabra de la Pascua, son proyectos posibles, más aún, necesarios. Y que el secreto, —secreto de familia regalado por el Señor Jesús a Ignacio, y que celosamente deberíamos mantener vivo—, es identificarse con esos proyectos, con esa palabra, hasta hacerlos única razón de nuestra propia existencia, **porque** fundamental y personal de nuestra vida, nuestra propia identidad.

* * *

A) Autodefinirse, como se autodefinió Claver en sus últimos votos, «esclavo de los esclavos» es la condensación personal del proyecto evangélico en lo más esencial del mismo. No se trata de hacer erudición, pero a nadie se le oculta las profundas resonancias bíblicas de este título, —que no es un término sin contenido—, de «siervo de Yahweh». Tratemos de desentrañar esta definición de su propia identidad que es la nuestra.

1) **Ser esclavo significa —evangélicamente— en primer lugar que la vida está voluntariamente ligada a un Señor.** Alguien es reconocido como «Señor» de la propia existencia y uno comienza a pertenecerle por entero. Ya del día de sus primeros votos, 8 de agosto de 1604, son estas líneas de Claver: «Consideraré la obligación grande que tiene el que una vez ha hecho esta consagración de sí a Dios... Hasta la muerte me he de consagrar al servicio de Dios, haciendo cuenta que soy como esclavo, que todo su empleo es de ser en servicio de su amo y en procurar con toda su alma, cuerpo y mente, agradarle y darle gusto en todo y por todo». A uno le resuenan inevitablemente palabras muy esenciales de los Ejercicios. Hemos convenido que el concepto «disponibilidad» las resume todas. La «disponibilidad» total al Señor, —dimensión esencial del «esclavo» según el Evangelio—, se convierte en forma de vida, en el rasgo identificador más personal.

Frente a la permanente tentación de autonomía, que padece todo hombre, y de construirse a sí mismo y a su mundo según esquemas personales suyos, Cláver levanta el ideal de «esclavo voluntario», disponible al Señor, lo que significa en último término construirme como persona «conforme a Su voluntad». Es precisamente así como mis obras adquieren una nueva dimensión esencial, ya no son mías, sino «de mi Padre»... y por lo mismo capaces de liberar y salvar al hombre con la única liberación que cuenta como definitiva, la que hace el Padre.

2) **Ser esclavo quiere decir en segundo lugar que la propia existencia está definitivamente ligada a unos destinatarios**, a quienes ama el Señor y a quienes el enviado por el Señor se debe enteramente. Son «lo que estaba perdido de la Casa de Israel», lo que está enfermo, lo oprimido, lo marginado. Es lo violentamente esclavo en este mundo, lo que las potencias del mal han orillado fuera de la ciudad, de la vida, del pan, del derecho, de la cultura, de la fe... ¿Dónde está? Ya desde el principio de su vida religiosa Pedro Claver lo está buscando. Lo olfatea. Alonso Rodríguez le abrirá una grande pista, que correrá sin miedo. En el diario de Claver quedaron escritas estas palabras del anciano Hermano, que nos resuenan a otras universalmente conocidas de Francisco Javier: «Cuántos que están ociosos en Europa podrían ser apóstoles de América. Gran cosa, gran cosa. Oh, que la caridad de Dios no haya de surcar aquellos mares que ha sabido hendir la humana avaricia. Pues qué, ¿no valen también almas, la vida de un Dios? ¿Por ventura, no ha muerto El también por ellas? Ah, Pedro, hijo mío amadísimo, y, ¿por qué no vas tú también a recoger la sangre de Jesucristo? No sabe amar el que no sabe padecer, y allá te espera y, ¡ay! ¡si supieres el gran tesoro que te tiene preparado!»

¿Dónde están hoy esos destinatarios a los que nuestra existencia debe sentirse profundamente solidaria? ¿A qué distancia me encuentro yo de esos destinatarios de mi vida? ¿Son ellos «los que están lejos», o soy yo el que me «he distanciado», debiendo estar cerca, en medio, «ser uno de» ellos, como Jesús? Preguntas para hacernos hoy, como se las hizo y se las respondió la Congregación General 32. Son las mismas que se hizo y respondió Pedro Claver.

También aquí una doble tentación: la fácil tentación de «entretenernos» con los hombres, incluso de hacerles algún buen servicio, pero ahorrándonos la molestia de salir a buscar a los necesitados, a los más necesitados, y precisamente en cuanto tales, olvidándonos del criterio de Ignacio que de cara a la misión de la Compañía afirma que «debe preferirse aquella parte de la viña del Señor que tiene más necesidad» (Const. 622).

Y la otra sutil tentación de «dividirme» como esclavo entre Dios y los hombres, como si se tratase de dos esclavitudes distintas, de dos dinámicas diversas, de dos servicios y de dos amores que se yuxtaponen, se suplantán y hasta se estorban. Como si se pudiese ser esclavo del Señor sin serlo de los hombres, o al revés, como si se pudiese servir plenamente al hombre sin servir a Dios. Para Claver orar o cargar sobre sus hombros un esclavo son dos vertientes, dos caras, de una misma voluntaria esclavitud, necesarias mutuamente las dos. Su Santidad Juan Pablo I nos recordó precisamente esto en su alocución póstuma.

3) **Ser esclavo quiere decir, en tercer lugar, poner la existencia entera en juego, en acción, en servicio.** Ser esclavo no es una etiqueta, un título, que se adhiere a la vida. Servir es un verbo de acción, de experiencia. No es un concepto ni una teoría. Ser esclavo es una dinámica permanente que

reclama la inversión permanente de la propia existencia, la «donación» permanente de la vida, el «perderla» permanentemente. No es necesario que nadie nos la quite violentamente. Lo más importante de los mártires, antiguos y nuevos, de Mons. Romero o Luis Espinal, y de tantos, no es que les fuera quitada violentamente la vida en un momento, sino el que ellos la «perdieran» todos los días. En esto fueron hermanos de Pedro Claver.

Frente a la tercera tentación, tan frecuente, de enredarnos y entretenernos en nuestras racionalizaciones y problematizaciones teóricas sobre la naturaleza de este «servir», llámese «promoción de la justicia» o con cualquier otro nombre: ¿nuestras problemáticas, nuestras reuniones, nuestras asambleas, nuestros documentos, probablemente necesarios, —yo me pregunto—, nos hacen de hecho más servidores? ¿no nos encontramos muchas veces a nosotros mismos pretendiendo justificarnos con esta «sabiduría humana» el no arriesgarnos a la locura de la Cruz, que afirma simplemente que amar es perder la vida... por Alguien y por algo?

4) Pero ser esclavo, en cuarto lugar, interpretado como lo venimos haciendo desde el Evangelio, dice aún más. No se trata de cualquier forma de servir, sino de servir «de último».

Dicho con otras palabras esto equivale a reconocer en el otro, en cualquier otro y por el mero hecho, —importante hecho—, de ser hombre, a un «primero» (Fil 2, 3; 1 Cor 10, 24; Const. 250) «considerando cada cual a los demás como superiores», escribe San Pablo y recoge San Ignacio en las Constituciones.

Este «reconocimiento» de descubrir en el otro un primero, es en último término un problema de «lectura», de «contemplación» del hombre. Lectura hecha desde la caridad de Dios, como Jesús, como Ignacio, como Pedro Claver, «que nos hace aprender, de aquellos mismos a quienes servimos, cómo hemos de servir» (CG. 32, 2.º 29) y que nos devuelve a un amor de Cristo cada vez más realista y más profundo (CG. 32, 4.º 19).

Esa era la contemplación de Claver, la que le llevaba con prisa a precipitar ese primer gesto humano de abrazar y tomar sobre sí la carga de esclavos de las naves negreras, como creyendo reconocer y devolver con ello su dignidad entera a aquéllos que contemporáneos suyos discutían en sus clases y en sus libros si tenían alma y si podían ser libres.

Todo este grito, más que palabra, de Claver, entrañado en los Ejercicios, nace del alma misma de la Compañía, es de lo más genuino que la Compañía ha fructificado, desde la primera letra de las Constituciones hasta la última de la Congregación General 32 y desde Ignacio hasta el último novicio cuyo nombre acaba de ser escrito en el libro de la Compañía.

Me complace ver que esta palabra quiere ser también el alma de los esfuerzos de vuestra Provincia que muy concretamente, —con todas las limitaciones de todo lo humano pero con evidente voluntad de comprome-

teros—, habéis formulado en vuestra reciente Asamblea Provincial. Me ha parecido que esta palabra es el alma que da valor a esos textos vuestros. Sólo desde ella es inteligible y aprobable vuestro «Marco Referencial», que en la medida en que recoge esta palabra, resulta una traducción válida, —perfectible, por supuesto—, de nuestro proyecto de seguidores de Jesús para aquí y para hoy.

En este sentido lo considero el mejor homenaje de la Provincia a Pedro Claver y el mejor signo de que su palabra está viva y es escuchada y reproducida. Naturalmente, si cuanto se afirma en ese Marco Referencial no se queda en un papel más o en un bello documento más.

Pero evidentemente un Marco Referencial, ése y cualquier otro, será lo que sean y lo que quieran, uno a uno, los hombres que han de vivirlo. Porque un Marco Referencial, por sí mismo, no os hace mejores, no os convierte en las «personas espirituales y aprovechadas para correr por la vía de Cristo nuestro Señor» (Const. 582), que exige Ignacio, sino que os presupone tales. Al menos en una cierta medida. Y sólo desde este presupuesto os ayudará a crecer.

La más fuerte interpelación de Claver, por tanto, no es a nuestros objetivos y actividades misioneras, a la tarea que nos ocupa, sino que su palabra profética nos busca a nosotros mismos, nuestras propias personas. Es ahí, en lo más profundo y personal de nosotros mismos, donde su palabra «más tajante que espada de dos filos» (Hebr 4, 12) debe entrar cortando, es decir, provocando «opciones». (Y toda opción es un corte, implica una renuncia). Claver nos dice que no son los objetivos los que definen al hombre, sino el hombre, cada hombre, y los «porqués» de cada hombre, sus razones personalísimas de esperar y de actuar, las que buscan, imaginan, intuyen, descubren, definen y realizan los mejores objetivos.

* * *

B) Así pues, la palabra de Claver nos devuelve apremiantemente a sus «porqués». Los que determinan su identidad y la nuestra.

1) Nos devuelve en primer lugar al corazón de la experiencia de los Ejercicios. Allí donde el «conocimiento interno de Cristo N. S.», y sólo él, nos hace libres, capaces de salir de nosotros mismos («sal de tu tierra»), de vaciarnos, capaces de volcar nuestra existencia, como Jesús, capaces de revelar al Padre y de descubrir al hombre toda su dignidad y, por eso, capaces de liberar con Cristo y como Cristo.

Cuando Claver se autodefine «esclavo de los esclavos» lleva ya veinte años de jesuita, veinte años de esta experiencia definitiva, de este conocimiento interno que está en la base de todo jesuita, sin el cual es inconcebible un jesuita, y que es un don a pedir y a cultivar todos los días.

Hoy, en nuestro mundo secular, y más aún que ayer, la Compañía no convertirá su gran activismo en verdadera «misión», misión que salva, mientras no recupere lo que hizo «misioneros» a Ignacio, y a Claver y a tantos... de los que esta Provincia ha sido generosa, a saber, la experiencia de Dios en Cristo Jesús. Estoy seguro de que me comprendéis si os aseguro que en esta experiencia, personalísima, en la que nadie puede sustituirnos, no tenéis que tener miedo a exagerar. Como he dicho en varias ocasiones nos falta mucho.

2) La palabra de Claver nos devuelve en segundo lugar **al corazón de la comunidad jesuítica**. A ese espacio vivo, necesario, de una relación interpersonal, hecha de servicio humilde y de transparencia mutua, donde se contrasta la caridad y se comparte la fe que nos hace libres.

Porque Claver es producto de esta esencial comunidad, que ya entonces, sobre la base de una profunda relación personal, derriba barreras de edad, de generaciones, de grados, de cultura, y descubre una sintonía espiritual y humana maravillosa con el santo Hermano portero de Mallorca, de quien le separan cuarenta y ocho años de vida y de historia y que en una amistad transparente contagia sus personales «porqués» y le ayuda a crecer y lo empuja lejos, a riesgos a todas luces extremos: «otro día le dice: cuánta ceguedad por no haber quienes iluminen con la luz de Cristo a tantos millones de infieles. Cuántos de éstos mueren sin haber conocido ni amado a su Creador y Redentor. En cambio por negocios temporales, por intereses terrenos, surcan los mares multitud de aventureros. ¿Podráse sufrir por más tiempo que sean los del mundo más solícitos por allegar mercancías y bienes caducos, que los siervos de Cristo en rescatar las almas que tan caro costaron al Hijo de Dios?»

Nos hacen falta comunidades, es decir relaciones personales, que abran horizontes de generosidad, que no acaparen, que creen misión y que, no cerrándonos, sino abriéndonos, nos «liberen»... Comunidades, como las quiere la Congregación General 32, donde la amistad en el Señor es muy honda, y por eso no se repliegan sobre sí, porque no se consideran nunca fin en sí mismas, sino que se proyectan generosamente en la misión a la que se deben, y ofrecen a sus miembros para que sean «dispersos», para que sean enviados..., y los siguen y los apoyan en ese envío.

* * *

La palabra de Claver nos devuelve finalmente **al corazón de la «misión» apostólica de la Compañía y a su más perenne y actual traducción**. Esa misión, sensible a los más pequeños de nuestro mundo, ya desde el comienzo mismo de la Compañía, que busca preferentemente a los que «están lejos», con toda clase de lejanías... Esa misión que es fruto de una especial «contemplación» de «toda la planicie o redondez del mundo de hom-

bres...», que se especializa en el hombre, en todo ser humano, en los desperfectos y destrozos que la historia humana hace en esa imagen de Dios que es cada hombre.

Es efectivamente un problema de contemplación cristiana de nuestro mundo. «¿Cuándo te **vimos** Señor con hambre, desnudo, encarcelado...?» (Mt 25, 37-39). Advirtiéndolo que sólo «ven» los libres, los que han superado todo egoísmo, los que han quitado todo estorbo a la caridad, que es en realidad la que contempla, la que conoce en profundidad. ¿Qué veía Claver en las llagas que besaba y curaba, en los cuerpos que cargaba sobre sí y trataba mucho mejor que al propio cuerpo? ¿Por qué vivía pendiente de la llegada de los barcos, con una prontitud que nos remite a la del Santo portero de Mallorca, como si Dios mismo llegase?

Estamos **más capacitados, tal vez, que nuestros predecesores** para comprender a Claver. Formamos parte de un mundo, una Iglesia y una Compañía fuertemente sensibilizadas a la injusticia de nuestro mundo y, en principio, somos aptos para entender a quienes hicieron ideal de su vida compadecer, conllevar, asumir sobre sí, desde el Evangelio, el dolor y las injusticias de hace tres siglos; y desde este gesto, cien por cien evangélico, actuar, como Jesús, sobre la estructuras y los responsables de las mismas.

Se ha hablado mucho de la necesidad de rehabilitar la figura de Claver. La auténtica rehabilitación es la de escuchar esta palabra suya, dejarnos tocar y cambiar por ella, asumir su modelo profundo de jesuita.

Comenzando por ahondar no tanto lo que tenemos que hacer (que ya nos lo tenemos más que suficientemente dicho y claro, y vuestro Marco Referencial es una última, inmediata definición), sino ahondar cada uno en sí mismo el **quién** lo ha de hacer, **qué tipo de hombre y de comunidad suponen, y nos exigen**, los programas magníficos que tiene delante la Compañía hoy no menos que ayer.

Plantearnos así nuestro recuerdo de Claver es todo menos «involución» o cualquier otro de esos fantasmas del pasado que asustan a algunos. Todo lo contrario. Es regenerarnos desde nuestras propias raíces originales, las que nos proporcionan la sensibilidad de Jesús para todas las esclavitudes de nuestro mundo, y las que nos hacen capaces de vaciarnos de hecho, de salir fuera de nosotros mismos, lejos, donde están los esclavos, dispuestos a servir a todo esclavo.

Este es el gran ideal de esta Compañía de Jesús, a la vez santa y pecadora. Sin duda lo vivimos, pero sin duda también necesitamos purificarnos mucho más para vivirlo mejor. Seguramente nos falta humildad para dejarnos «mover y poseer por Dios N. S.», que es en términos ignacianos la razón de nuestra eficacia. Pero mientras la Compañía, sensible a todo ser humano necesitado de redención, y precisamente por eso, sigue derramando su sangre, y nada más que **su** sangre, —y una de la más reciente

es de esta Provincia, la de Luis Espinal salido de aquí mismo de entre vosotros—, por la causa de Jesucristo que sigue siendo que el hombre viva plenamente, la Compañía de Jesús va por buen camino, por **su** camino, que no es otro que el de Pedro Claver. Seguirá diciendo a nuestro mundo tan distinto de aquél en la metodología de la esclavitud, pero tan igual como esclavizador, la misma palabra de Claver.

Pero no nos ilusionemos pensando que esta palabra, que es la más difícil, la de la Pascua, pueda ser dicha por pura fuerza humana, como pura palabra humana. Sólo si es recibida como un don, buscada expresamente y pacientemente en la oración, día y noche, podrá sernos dada. No es una palabra ruidosa, espectacular, como lo fue la de Claver. Claver no es un teórico. Ni siquiera un técnico como su maestro el P. Sandoval. Es sencillamente un testigo. Pero precisamente en un mundo secularizado resulta más necesario, imprescindible, el testimonio. Es casi la única palabra que cuenta. Sobre todo cuando, como el de Pedro Claver, es la palabra del amor gratuito, hasta el extremo, que es la única palabra que revela, que da buena noticia de Dios, que es ella misma noticia, —presencia activa—, de Dios en nuestro mundo.

